

Carlos Fuentes

Ecós de un breve encuentro



Fotografías: cortesía FIL Guadalajara

Alfonso Nava

EN DISTINTAS OCASIONES, EN MEDIO DE ALGUNA CHARLA pertinente, inserté la frase “¿Ya les conté que yo estuve una vez con Carlos Fuentes?”. Pero no relaté el encuentro, sólo esa frase y un remate, “Estuvo chingón”, quizá para insuflarle un tufo de importancia y expectativa que yo mismo me otorgo al rememorar la cita. Me seducía dejar a mi público

ocasional con la idea de tantas cosas que sucedieron en ese encuentro que sostuve con Fuentes; por supuesto, la charla que cambió el rumbo de la literatura mexicana... Algo así.

Conocí a Carlos Fuentes en la *Maison de thé* en San Ángel. Fue un encuentro brevísimo en el que no cruzamos más de diez frases. Y aunque para mí fue emocionante, la verdad no ocurrió nada fuera de lo ordinario.

He hablado por años de una entrada magnánima que ni siquiera pude atestiguar, en la que Fuentes llega colmado de autosuficiencia y se adueña del sitio; he descrito una corbata magnífica que quizá el escritor ni siquiera llevaba o sólo no la recuerdo.

La corbata... Eso tiene una razón, y me disculpo de antemano por la frivolidad: asocio con el escritor algunos de los modelos más extraordinarios que he visto. Y las corbatas de Fuentes fueron mi defensa frívola

y chabacana ante argumentos igualmente frívolos y chabacanos que sobreponían la actitud playboy del escritor como argumento para descalificar su obra (cosa que, en el caso de Fuentes, se da con mucha frecuencia). Por años dije que amaba sus corbatas tanto como *Cantar de ciegos* o *El Naranjo*; como *La muerte de Artemio Cruz* o *Los años con Laura Díaz*. A veces escuchaba los comentarios facilones componelotodo de Fuentes sobre política nacional, drogas, Medio Oriente, literatura europea o latinoamericana (una famosa línea suya sobre Daniel Sada, que ahora se usa en cuartas de forros, es, para mí, emblemática), y pensaba que no era tan difícil sumarse al bando del repudio. Le han acreditado frases insoportables como “El Boom soy yo” o “En este país, sólo Salinas y yo hablamos bien inglés”, y casi nadie pone en duda que las haya dicho.

En esos casos yo contrapongo el recuerdo de las corbatas y esa despedida de Laura Díaz entre árboles viejos, en una selva laberíntica inenarrable, sola y en paz con sus fracasos. Con esa novela, considero que Fuentes sepultó una impresión respecto a su obra que compartía yo con un maestro (y nos pasó un poco con Roberto Bolaño): que a pesar de sus evoluciones estéticas (pienso en la palabra “evoluciones” como las maniobras de un piloto aviador), mantenía una visión juvenil de las “cosas”, cierta unidimensionalidad ética no de sus personajes sino de los horizontes de autor; impresión que sentimos ajustada tras leer una línea de Thomas Mann que ponderamos axiomática de tal visión: “La juventud es un estado preburgués del cual se sirve todo el romanticismo”. Impresión que, insisto, vi sepultada en *Los años con Laura Díaz* como una reflexión sobre el fracaso de la juventud y la manera de reconciliarse con ese fracaso. Y luego, ya como berrinche, concluyo que si alguien tenía derecho a ser así de insolente y *tiranetas* era él, un hombre que afrontó la posibilidad del fracaso, en vida y obra, a altos costos.

Y recordaba otra corbata, una que tampoco vi, pero que era Hermès y seguramente espléndida, porque la adquirió la querida maestra que me



contó la siguiente anécdota (y que, por cierto, tiene un gusto espléndido).

En una edición de la FIL Guadalajara, en los años ochenta, los organizadores cometieron el descuido de programar el mismo día, a la misma hora, una presentación de Carlos Fuentes en la sala principal y una conferencia de Juan José Arreola en un salón más pequeño. Horas antes, Fuentes celebró una comida con amigos que literalmente vació la FIL, y al momento de su acto llegó con una multitud y casi en hombros. Arreola, por su parte, llegó desganado, tarde, solo en un taxi y —he aquí la prenda— con la corbata apenas superpuesta. Mi profesora se la anudó perfectamente antes de la presentación. Pero entre la escasa audiencia, el bullicio cercano del acto de Fuentes y el propio peso de los años, Arreola dio por concluida su participación a los pocos minutos. En el pasillo de salida, un niño

le hizo la chamba al destino: con cariño, pero sin detenerse, el maestro le apretó una mejilla. “Que nunca se te olvide que te saludó un gran maestro”, confortó al niño en voz alta su padre, que se hallaba junto a él. Arreola oyó esas palabras, se restituyó y repuso el acto: conferenció, actuó, cantó, firmó libros, entrevistó a los pocos presentes (que se multiplicaron), hizo de su desorden mental un aluvión de genialidades. Incluso habló de Fuentes con admiración y rigor. Su acto duró una hora más de lo programado. Salió en hombros.

Siempre me pregunté si Fuentes tendría la capacidad, o las puras ganas, de recomponerse así cuando arribara a una sala vacía; cuando se hallara en un lugar donde nadie lo reconociera. Tras mi encuentro con él intuí que seguramente lo hizo más veces —con otros métodos quizá— de las que podría imaginar.

Lo pondré así: fui a esa casa de té porque quería lugares que no me remitieran a mis asuntos eventuales. Era una época de pocos amigos; la entonces mujer de mi vida estaba lejos, en el norte, y yo buscaba planes que me hicieran extrañarla menos, lugares en los que nunca hubiese estado con ella. Yo tenía una beca para escribir una novela que no salía y ahora repudio.

Me hallaba de espaldas a la puerta de entrada cuando arribó Fuentes, es decir, no lo vi llegar. Antes de comprar, repasó el sitio como si fuera un inspector de salubridad. O mejor dicho, como alguien que sólo entra a un lugar a comprar lo que sea, nomás para que le presten el baño. Me imagino que ni siquiera habría reparado en mi presencia, o al menos no se habría detenido a mi lado, de no haber visto en mi mesa un desorden de papeles (la novela en la que trabajaba) y el libro *I Married a Communist* de Philip Roth. Estoy seguro de que ese entramado le indicó que yo lo reconocería, pues en el lugar no había nadie más que yo y la mesera tras el mostrador, quien lo trató como a



un cliente cualquiera. Tras ordenar “Té... sólo té”—la chica le insistió que repasara la profusa carta de té; Fuentes se negó—, miró en redondo, dio con mi mesa, con mi mirada atenta sobre su bigote, se acercó al libro para golpear la portada como si tirara una canica de uñita y remató:

—Philip Roth es mi amigo.

Su amigo... Esas palabras me recordaron otra de sus frases insoportables (aunque días después; en ese momento la emoción no me permitió reflexionar nada): Fuentes decía que sus largos periodos en Londres eran para escribir, porque en México tenía tantos amigos que jamás podría trabajar. Desde luego, llegué a preguntarme qué hacía el escritor allí, solo, en una modesta barra de té junto a la Fonda San Ángel, un hombre que desbordaba de personas su casa de San Jerónimo cuando estaba en México.

Lo siguiente fue, insisto, una charla brevísima: me amonestó por no saberle resumir en dos frases de qué trataba mi novela; me preguntó por la fundación que me becaba; hizo una alusión personal que me reservo; alguna recomendación literaria que ya no recuerdo; y cerró con la promesa —que conservé con no poca ilusión hasta el 15 de mayo de 2012— de que me escribiría alguna asistente para que le enviara mi novela (me solicitó una dirección de correo; él no me dio un dato suyo).

Antes de salir tuvo un gesto que no olvido, probablemente lleno de falsa modestia pero no menos sincero en su apreciación. Le dije:

—Mucho gusto, maestro.

Él volvió a golpear de uñita la portada del libro de Philip Roth antes de concluir:

—Maestro éste.

Por años, decía antes, lanzaba cuando era propicio la frase “Yo tuve un encuentro con Fuentes”. En apariencia, presumía el encuentro con un escritor al

que sin duda consideraba maestro (lo hice sostenidamente, a pesar de rechiflas justas e injustas), pero en el fondo valoraba más la, digamos, “exclusiva” de ver a un hombre solo que se había comportado en esas menos de diez frases como correspondía a su representación pública. Pero quiero creer que vi algo más, algo distinto, algo que fue en ese momento de pocos amigos, en ese momento que mi “juventud preburguesa” consideraba sumamente triste, sólo para mí. También recuerdo que cuando se acercó a mi mesa escondí mis tenis sucios debajo de la silla, que me sentí como una sustancia que se contrae, que pierde volumen cuando está en reposo. Y recuerdo que esa sensación se desvaneció cuando, poco antes de la despedida, me llamó “colega”. No se lo dejaré de agradecer, aunque nada extraordinario ocurriese.

Tiempo después, como reportero de cultura en un periódico de Saltillo, tuve la oportunidad de cubrirlo en la FIL Guadalajara, en el año de su homenaje nacional. En el acto mayor, vi cómo soportó que en la primera mesa lo rebasara en aplausos un silencioso Gabriel García Márquez, sentado al centro, donde el homenajeado debió estar solo; y cómo en la segunda le robó la fiesta José Emilio Pacheco con un emotivo texto que arrancó entre jóvenes que estaban cerca de mí un grito grupal que ponderaba al poeta como mayor merecedor de un homenaje nacional. Fuentes estuvo sonriente todo el tiempo, incluso cuando casi al final dedicó unas líneas a sus hijos. Ignoro si se dio cuenta de esas pequeñas disonancias o si sólo las pasó por alto, sumido en una dinámica del culto propio o de puro gusto de ser el centro del acto.

En esos instantes, ya con el hartazgo de cubrir la FIL, me pregunté si mi encuentro con él en aquella casa del té fue una forma rara de reivindicarse, como Arreola, ante un auditorio al que no le debe absolutamente nada; si esas frases insoportables como “me

desayuno a mis críticos” no son la forma visceral y confiada del mismo procedimiento que revivió al maestro en aquella anécdota de mi profesora; si ignorar los vótores sobre otros, en su cara, en su homenaje, eran parte de una recomposición inmediata antes que una acción evasiva.

Hacia el cierre del homenaje, me aproximé al pasillo central para tomarle una foto de frente y disparé justo cuando el escritor levantaba los brazos como si fuera un presidente que acaba de tomar posesión. Mi temblorina de fumador arruinó la foto, pero en un vislumbre borroso del homenajeado vi la disonancia de los brazos triunfales que sostienen un rictus de resignación. Me imagino que igual se sienten los presidentes electos de cualquier lugar, una mezcla de alegría por la investidura y una sensación de condena evidente.

Luego de esa feria del libro se volvió aún más exultante la frase con la que presumía mi encuentro; aún más chabacana y frívola, pero muy convencida, mi defensa a partir de las corbatas. Desde mayo de 2012 no he dejado de pensar que, en nuestro encuentro en la casa de té, habría querido decirle que, en *Los años con Laura Díaz*, el episodio de los perseguidos del macartismo refugiados en Tepoztlán fue un punto de partida importante para la novela que yo escribía en esos días y ya abandoné. Que para mí sí fue iluminadora la estructura de *La muerte de Artemio Cruz*. Que me habría gustado pedirle se tomara un té y que sin duda no habría aceptado porque no encajaba en la representación de su papel. O tal vez sí...

Tras aquel encuentro, que ocurrió un agosto de 2007, volví a casa con una emoción singular, como si hubiera logrado ligarme a una chica imposible, como la que me presentó muchos años antes esa *Maison de thé*, o como las que perseguía para no extrañar a la que entonces, pensaba, era el amor de mi vida.

Al llegar a casa, casi a la medianoche, no pude eludir la cursi tentación: el verdadero amor de mi vida, mi sobrina Zoe, de apenas dos meses de vida, había despertado y lloraba. Le dije a sus padres que yo me encargaría. Mientras la arrullaba, le pedí en secreto que no lo olvidara: su tío acababa de tomar té con un gran escritor. 🍵

